

deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: corre! Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del "Universal" es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mexicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años. . . . . Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más aprisa?

¿Se tratará acaso de escoger realmente? ¡Mucho menos! Escoger. . . . . ¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una por mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa—sino—ésta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner *mi* nombre aquí. . . . . y allá. . . . . y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres? No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de usted, ¡oh director *galantuomo!* Quiso usted, ahora que llegue el invierno y son raras las flores cubrir de rosas y gardenias á las que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante. . . . . y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en esa ventana, aquel, entre las campanillas del balcón de allá, les abrió usted las hojas hospedadoras de su diario, y allí están

cantando las simpatías y los cariños á las hermosas, á las amadas y á las buenas.—¿Por qué votas por ella?—Por su sonrisa!—¿Y tú por sus ojos?—¿Y tú, amiga?—Porque la ama.—¿Y usted?—Porque es muy buena!

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella . . . . .

Hé aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó á aquella es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio el concurso no tiene más que único defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras veamos el nombre de todas ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola. . . . . ¡cuántas ausentes!

Pero eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe usted lo que yo haría en lugar de usted? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas.—Ustedes no han menester de flores. . . . . ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuidos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; á la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles y friolentas y con el tápalo raído muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á oscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van tal

vez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores. . . . . ¿no les damos éstas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota idea*, de la hermosura desconocida.

### A LOS HEROES JOVENES.

El grupo hermoso que formasteis, jóvenes héroes predilectos de la gloria, quedará como gallardo bajo-relieve histórico en el monumento alzado por la patria, para perpetuar el recuerdo de los buenos y el ejemplo de los grandes. Supisteis arrancaros á los brazos de la vida, que os oprimía contra su pecho, enamorada de vosotros, y correr á la Muerte, con la sonrisa en los labios, fijos los ojos en la bandera desplegada. ¡Cuántas promesas os hacía la aurora! A cuántos esplendorosos triunfos os llamaba cada día; el toque del clarín! ¡Qué vivos y palpitantes amores os cercaban! Y á todos renunciasteis y vuestra vida en flor cayó, segada por la hoz, en el oscuro campo de la Muerte. Los viejos árboles de este bosque sagrado, vieron pasar las sombras graves de las madres y las sombras ruborizadas de las prometidas; de sus manos pálidas caían fragantes rosas, y de sus labios entreabiertos, surgía, empapada en llanto, la oración.

Después, esas dolientes sombras convirtiéronse en vivas apariciones luminosas. Os habían vuelto á hallar

en lo inmortal y vuestro heroísmo había glorificado el amor que os tuvieron. Ya no les brota de los labios trémula plegaria, ni de las manos sin vigor les caen rosas efímeras. Los viejos árboles de este bosque sagrado sienten, cuando ellas llegan, el roce de sedeñas, grandes alas; y se hincha la fronda levantada por himnos de poderosa vibración.

Llore la madre al hijo vivo en la vergüenza ó en el vicio, llore al cobarde, llore al disoluto, no al que dando la vida por la patria, es imperecedero y noblemente hermoso y bueno.

No os robó el desamor, no os hurtó el olvido, no os arrancó mujer alguna, ¡oh jóvenes desposadas! á los que amasteis con el alma toda. Quisieron ser inmortales para ser dignos de vosotras. No os dejaron tampoco por la gloria, os dejaron por algo más puro aún: por el deber.

. . . . . Sucumbirán los seculares árboles de este bosque, sagrado porque os vió morir y os vé continuamente renacer en nuestro amor, pero perdurará vuestra memoria, toda luz, jóvenes héroes.

Septiembre.—1894.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.





